

rió con toda ingenuidad lo que en su entrevista con el mariscal Oudinot habia pasado, expuso las condiciones que habia exigido, las esperanzas que se le habian dado de que serian aceptadas, y finalmente declaró que su dictámen era el de explicarse con las Camaras de plano y presentarlas una proposicion formal y fundada sobre el motivo capital de ser preferible entregarse á los Borbones de voluntad propia y bajo buenas condiciones, á recibirlos sin condicion alguna y de manos del extranjero.

Dichas todas estas cosas con el tono del convencimiento, casi no excitaron la oposicion mas leve por parte de Grenier y Quinette, ni por la de Carnot, que en la lealtad del mariscal Davout tenia plena confianza, y que á pesar de sus preocupaciones era sensible á las ventajas de recibir á los Borbones sin acompañamiento de extranjeros. Mr. de Caulaincourt guardó silencio cual lo habia hecho de continuo en las actuales circunstancias. Si monsieur Fouché tuviera la franqueza del mariscal Davout, asociándosele resueltamente ahora, sin duda pudiera sacar de la proposicion hecha un gran partido para obtener una solucion patriótica é inmediata. Mas ora fuese por disgusto de que se le tomara la delantera, ora por temor de que el mariscal Davout fuese demasiado de prisa, sin calor aprobó sus ideas, y segun el hábito que habia tomado de hacerlo todo por sí propio, sin consultar casi á sus colegas, se adelantó á decir á los dos presidentes el principe Cambacéres y Mr. Lanjuinais, que convenia preparar á las Camaras para un fin al parecer inevitable. Nadie pensaba en oponer objecion alguna, cuando Mr. Bignon, encargado

interinamente de las Relaciones exteriores, se presentó de súbito con un documento importante. Cabelmente era el primer despacho de los negociadores enviados al campo de los aliados, y allí decian lo que se sabrá ahora.

Mrs. de Lafayette, de Pontecoulant, Sebastiani, de Argenson, Laforest y Benjamin Constant, se habian dirigido primeramente á Laon, creyendo encontrar allí á los ejércitos inglés y prusiano. Su objeto al tomar este camino se enderezaba á obtener un armisticio de los ejércitos mas próximos á la capital de Francia, é ir en seguida á tratar de lo sustancial de las cosas con los soberanos aliados. Mejor enterados sobre la marcha que seguan los enemigos al aproximarse, sin demora se dirigieron á San Quintin, donde hallaron las avanzadas prusianas, y solicitaron una entrevista con los generales contrarios. Blucher, que precedia al ejército inglés en dos jornadas, se la comunicó al duque de Wellington al punto, y considerando el caudillo británico ser la abdicacion de Napoleon una ficcion inventada no mas que para ganar tiempo, fué de dictámen que no se otorgara el armisticio. Entonces, no necesitando Blucher de estímulos para mostrarse intratable, se negó á toda suspension de armas, salvo si se le entregaban las principales plazas de la frontera y hasta la persona de Napoleon mismo. Estas condiciones eran inadmisibles á todas luces. Sin embargo, los oficiales encargados de parlamentar en nombre de los generales enemigos declararon que no venian á Francia por los Borbones; que estos principes les importaban poco, y que, descartados Napoleon y su familia, prontas estaban las potencias á asentir á las condicio-

nes mas ventajosas para Francia. Trás de estos parlamentos los negociadores recibieron autorizacion para dirigirse a Alsacia, donde debian encontrar a los soberanos aliados. Asi emprendieron la marcha para este nuevo destino, si bien creyeron oportuno enviar antes este primer despacho á la comision ejecutiva. En resumen, decian que los coaligados no mostraban absolutamente ningun empeño por los Borbones; que su esencial deseo, del cual no se les haria retroceder en ningun caso, se reducía á la exclusion del trono de Francia de Napoleón y de su familia; que, convenido este punto, se les hallaria en los demás condescendientes hasta lo sumo; pero que se les indispondria de positivo favoreciendo la evasion de Napoleón, y que de esta suerte se haria la celebracion de la paz mas dificultosa. Al terminar su despacho, la comision aconsejaba el envío de nuevos negociadores, con el encargo de ir al encuentro de los generales Blucher y Wellington y la autorizacion de hacer concesiones indispensablemente necesarias para alcanzar un armisticio.

Evidentemente los negociadores se habian dejado engañar por los dichos un tanto ligeros de los oficiales prusianos, todos imbuidos en los sentimientos revolucionarios, y que de fijo no usaran tal lenguaje respecto de los Borbones, si se hubieran tenido que explicar oficialmente acerca del futuro gobierno de Francia. No obstante, su despacho produjo en el seno de la comision ejecutiva una importuna variacion de rumbo. Tres miembros de esta comision habianse rendido ante la necesidad de soportar á los Borbones, alegada antes, pero no hallándose demostrada esta necesidad, segun el

documento de que se acababa de dar cuenta, les pareció conveniente no ir tan de prisa, y mostrarse menos dispuestos a sufrir un sacrificio, que no parecia inevitable. Con mayor sagacidad debió conocer Mr. Fouché que se engañaban los negociadores; que muy ligeramente habian tomado en sério las especies soltadas por los oficiales prusianos; que por consiguiente no se debía perder el fruto de la valerosa iniciativa tomada por el mariscal Davout; pero, ya fuese por error de entendimiento, ya por miedo de comprometerse demasiado, tambien estuvo de acuerdo en que no se debía adoptar una resolucion grave tan atropelladamente. Asi revocó la comision dada á los presidentes Cambacères y Lanjuinais de preparar á las dos Cámaras en el sentido de la vuelta de los Borbones, y siempre obrando por autoridad propia, entre los miembros presentes eligió nuevos negociadores, para ir á tratar con los generales enemigos y casi llegados á las puertas de París, de una suspension de armas. Esta comision encargó á Mrs. de Flaungergues, Andreossy, Boisy d'Anglas, de Valence, de la Besnardière, allí presentes como individuos de las mesas de las Cámaras los mas de ellos. No les dió mas instrucciones que las de obrar á tenor de lo que habian oido, y en interés de la capital de Francia, que era necesario librar á toda costa de la presencia de los extrangeros. Además les dió una carta para el duque de Wellington, con el fin de acreditarles cerca de este caudillo como tales negociadores. En esta carta falta de dignidad y llena de lisonjas á los vencedores de los franceses, repitiendo las vulgaridades en boga por entonces, Mr. Fouché decia que, descartado ya el hombre

causa única de la guerra, sin duda los ejércitos europeos harían alto, y dejarían á Francia la libre elección de su gobierno, y que el duque de Wellington, glorioso representante de una nación libre, no quería que fuera menos libre Francia, siendo tan civilizada como Inglaterra. Con esta carta Mr. Fouché casi ponía á Francia á los pies del caudillo británico, y aun cuando lo estuviera de hecho, se pudiera muy bien ahorrar de consignarlo por escrito. Pero hasta tal punto le aguijaba la comezon de hacer figura, que mejor quería aparecer mal en los sucesos que no aparecer de ningún modo. Por mas que generalmente á cuanto se hacia opusiera Mr. de Caulaincourt muy escasas objeciones, alguna resistencia hizo á la elección de Mr. de Besnardière, á quien conocia y estimaba personalmente, pero que pocos dias antes habia regresado del congreso de Viena, y á Mr. de Talleyrand pertenecia en cuerpo y alma, y estaba reputado como perfecto realista.—Será realista, repuso Mr. Fouché, pero sabe muy bien su oficio, y menester es alguno que lo sepa á fondo.—Nadie replicó nada, y confirmadas quedaron las elecciones por el silencio de los asistentes.

Separáronse, pues, sin adoptar la propuesta del mariscal Davout, y se dejaron las cosas en su estado de incertidumbre, abandonando al enemigo la comision de sacarlas de tal estado. Al salir de esta conferencia, Mr. Fouché adoptó una providencia sumamente grave. Primeramente habia pedido de muy buena fé los salvo-conductos para Napoleon, á fin de asegurar su libre paso á los Estados-Unidos; á instancias del general Beker hasta habia renunciado á aguardar la llegada de los salvo-conductos,

para dejar que se hicieran á la vela las fragatas, lo cual quitaba á Napoleon todo pretexto de diferir su partida. Pero de repente mudó de consejo en vista del despacho de los negociadores, y temeroso de perjudicar los tratos, al ministro de Marina prescribió que, teniendo listas las fragatas, y hasta admitiendo á Napoleon á su bordo, no les permitiera levar anclas hasta que se recibieran los salvo-conductos. Desde este instante y por vez primera sacrificaba así la seguridad de Napoleon al interés de las negociaciones. Este interés era grande sin duda, pero aun importaba mas el honor de Francia, y se comprometia este honor con entregar la persona de Napoleon al enemigo, que era lo que se arriesgaba al retenerle en Rochefort (1).

No habiendo aceptado la solucion vigorosa que el mariscal Davout habia indicado, Mr. Fouché

(1) Por no haber comprobado con bastante puntualidad el asunto de los salvo-conductos, se ha acusado á Mr. Fouché de haber querido entregar la persona de Napoleon á los ingleses, y se le ha calumniado de ese modo, lo cual no ha acontecido á menudo á los que han hablado de este personage. Sin embargo, es la verdad que monsieur Fouché no quiso entregar á Napoleon, y hasta es verdad que luego se expuso á las iras de los Borbones y de los extranjeros por haber dado con posterioridad la orden de dejarle partir de Rochefort. Pero tambien es cierto que ahora, por miedo de dañar á las negociaciones, reiteró la orden de aguardar los salvo-conductos, lo cual podia originar un grave peligro, siendo la esperanza de adquirir tales salvo-conductos, quimérica del todo. Esta circunstancia, mal explicada y mal interpretada, es la que ha dado margen al cargo que aqui refatamos por un puro sentimiento de imparcialidad. Luego se verá que monsieur Fouché revocó por sí la prohibicion de que se trata, y que lo hizo de buena fé y sin ningún género de perfidia.

iba á flotar algunos dias á merced de los sucesos, y todo el gobierno en union suya. Confusamente concedora de su propia debilidad la desgraciada Cámara de representantes, ya empezaba á creer que no habia medio entre resistir con Napoleon ó rendirse á los Borbones bajo condiciones honrosas, discutiendo un plan de constitucion aspiraban á eximirse de sus temores y de sus pesares.—¿A qué bueno, decian algunos hombres sensatos, á qué bueno meterse en el dédalo de una discusion semejante? ¿Por ventura no tenemos una Constitucion á la cual basta cambiar algunos artículos, y que nos salva al mismo tiempo de las teorías y de las competencias de los partidos, determinando á la par la forma del gobierno y la eleccion del soberano? ¿No tenemos además con esta Constitucion y el soberano proclamado en ella, la ventaja de atraernos las tropas?—Tal era el sentimiento de la mayoría; pero una vez abierta á los espíritus la carrera de las teorías vanas, no era fácil ya cerrársela de ningun modo, y unos proponian la Constitucion del año de 1791, y otros algo que de la república estuviere mas cerca. Por lo demás estas discusiones pueriles no alcanzaban á cautivar á los representantes, ni á distraerlos de los peligros de la situacion presente, y despues de prestar oídos por un instante, cuando ofrecian alguna singularidad, abandonaban sus asientos y salian á recoger los mas mínimos rumores que circulaban por los salones contiguos. Habiendo asistido los miembros de sus mesas á la última sesion de la comision ejecutiva, imposible era que no trasluciesen algo de las discusiones suscitadas en su seno. Efectivamente, supieron que allí se habia debatido el res-

tablecimiento de los Borbones, y en particular atribuyeron á Mr. Fouché la intencion de volver á traer á estos príncipes á Francia. Grados habia en el celo de los bonapartistas, como acontece á menudo entre los partidos. Sin Napoleon I acomodábase á Napoleon II la masa; pero una fiel minoría consideraba como una traicion haber abandonado á Napoleon I, y á Mr. Fouché se la atribuía del todo. Mr. Felix Desportes, que de esta minoría formaba parte, se dirigió el lunes 28 de junio por la mañana á la comision ejecutiva, acompañado de Mr. Durbach, que tenia mucho menos empeño en conservar á los Bonapartes que en segregárlos de los Borbones impuestos por el extranjero. Uno y otro interpelaron al duque de Otranto y le dijeron en términos amargos, que despues de haber solicitado y obtenido la confianza de las Cámaras, con tender la mano á los Borbones hacia traicion á esta confianza. Apurado al pronto, Mr. Fouché se repuso muy luego, y respondió á estos señores.—No soy yo quien ha hecho traicion á la causa comun, sino la batalla de Waterloo. A grandes pasos avanzan los ejércitos inglés y prusiano, sin que haya medio de oponerles resistencia. No quieren á ningun precio á Napoleon ni á miembro alguno de su familia. ¿Qué puedo yo hacer en tal caso? Si deseais averiguar cómo y de qué se trata con sus generales, aqui teneis mi carta al duque de Wellington, leedla toda.—Efectivamente, el duque de Otranto les entregó dicha carta. Estos señores tuvieron la simplicidad de creer que toda la negociacion se encerraba en su contenido, se dieron por satisfechos, y solicitaron y obtuvieron autorizacion para comunicarla á la asamblea. Acto con-

tinuo se dirigieron á la Cámara de representantes, allí leyeron la carta de Mr. Fouché, que no fué ni censurada ni aprobada, si bien aplacó algun tanto las imaginaciones, fáciles de excitar y de sosegar en tiempos de crisis, y por algunos instantes desvaneció la idea de una negra traicion ya muy divulgada.

En este momento los representantes enviados al encuentro del ejército francés por el camino de Laon, acababan de desempeñar su encargo, y presentaban su informe. El general Mouton Duvernet lo tenía á su cuidado, y träs de pintar el desórden que en este ejército reinó al principio, dió cuenta de que detrás del cuerpo del mariscal Grouchy se acababa de juntar al punto, de que estaba en la inteligencia de habérsele hecho traicion, si bien la idea de combatir por Napoleon II le restituia su ardimiento; añadió que se reanimaba ante este nombre, y estaba dispuesto á cumplir sus deberes, pero que se necesitaba enviarle además del socorro en material, que le hacia suma falta, los estímulos de la nacion toda, realzando, en una palabra, sus fuerzas físicas y morales. A este discurso clamóse de todas partes, que despues de Napoleon I quedaba Francia, la cual importaba mucho mas que un hombre, por grandes que fueran sus cualidades; que convenia retardar una proclama á las tropas en que se les dieran gracias por lo que habian trabajado, si bien excitándolas á proseguir sus esfuerzos en favor del pais, que debia ser la primera de sus afecciones, y finalmente que fueran á pelear una vez mas por la independenciam y la libertad nacionales bajo los muros de Paris, donde hallarian á los representantes dispuestos a morir por tan sagrados

bienes. A tenor de estos datos fué redactado por Mr. Jay un informe, votado el mismo dia, y entregado á cinco representantes, con el fin de que lo llevaran al ejército sin tardanza. De esta suerte hacia la asamblea cuanto estaba á su alcance, si bien era poco. Con toda su buena voluntad le era imposible reemplazar el nombre, y particularmente la direccion que al ejército habia quitado, substituyendo Napoleon II á Napoleon I, esto es, un niño á un grande hombre.

No tenian mucho camino que andar para baxarse con el ejército los representantes encargados de esta proclama, pues se le veia aparecer bajo los muros de la capital en los dias 28 y 29 de junio, vivamente acosado por los ejércitos inglés y prusiano, y hasta amenazado por un instante de ser cortado de la capital antes de su llegada. Al principio el duque de Wellington y el mariscal Blücher vacilaron en sus movimientos, y primero de penetrar en Francia pensaron apoderarse de algunas plazas para asegurar su marcha, y dar tiempo á que entrase en línea la columna invasora del Este. Pero estas vacilaciones cesaron de pronto al tener noticia de la abdicacion de Napoleon y de la turbacion profunda que tuvo por consecuencia. Aun recelando que la tal abdicacion no fuera mas que un trampañojo, se les alcanzó la confusion que debia reinar en el seno del gobierno, y resolvieron marchar sobre Paris. Se convinieron en seguir la orilla derecha del Oise, y en adelantarse, si les era posible, al ejército francés que seguia la orilla izquierda, para desembocar en Paris antes. Tomando el mariscal Blücher la delantera debia marchar á la cabeza, y seguir el curso del Oise, y

ver de apoderarse de sus puentes, mientras que, yendo de prisa á incorporarse al ejército de los ingleses, le daría apoyo tan luego como le fuera posible. El duque de Wellington, que ejercía sobre la corte de Gante una grande autoridad, debida á su triple cualidad de inglés, de general victorioso y de espíritu eminentemente político, la envió á decir que abandonara la Bélgica y se trasladara hácia Cambrai, cuyas puertas iba á procurar que se le abriesen por medio de un golpe de mano. Detenido por su material enorme, y en particularidad por su tren de puente, de transporte difícil por extremo, se habia quedado muy atrás del mariscal Blucher, que en su impaciencia no esperaba á nadie.

A la par que el mariscal Blucher se hallaba en San Quintin el día 25 de junio, el duque de Wellington partía de Cateau, encargando á un destacamento que se apoderase de Cambrai y de Peronna. Continuando su movimiento, el ejército prusiano llegaba á Chauny, Compiègne y Creil el día 26 de junio; y una de sus divisiones pasaba el Oise por Compiègne, con ánimo de interceptar el camino de Laon á París al ejército de los franceses.

Rehechos los restos de éste en Laon y replegados sobre Soissons, el mariscal Grouchy lo tenia bajo su mando, porque el mariscal Soult habia pedido licencia para regresar á París. Al mariscal Grouchy relevó el general Vandamme en el mando de la derecha, la que bien á pesar suyo habia faltado á la cita de Waterloo, y se encaminaba por Namur, Rocroy y Rethel sobre Laon en las mejores disposiciones. Noticioso Grouchy así que llegó á Laon en persona, de que su línea de retirada so-

bre París estaba amenazada por los prusianos, se apresuró á ganar á Compiègne, donde hizo que le precedieran el conde de Erlon con los restos del primer cuerpo de tropas, y el conde de Valmy con lo que le quedaba de sus coraceros. Llegado á Compiègne, el conde de Erlon halló delante de sí á los prusianos, los contuvo lo mejor que le fué posible, y despues replegóse hácia Senlis, avisando á su general en jefe de la presencia de los prusianos sobre la orilla izquierda del Oise, con el fin de que pudiera tomar una direccion á su espalda, y llegar á París sin ningun mal encuentro. Obrando entonces el mariscal Grouchy con una actividad, que desplegada diez dias antes salvara al ejército francés de seguro, envió al general Vandamme sobre la Ferté Milon, á fin de que llegara á París siguiendo el curso del Marne, y personalmente encaminóse á Cotterets, donde contuvo á los prusianos por medio de un ataque vigoroso, y finalmente replegóse hácia el camino de Dammartin muy de prisa. A otro día, 28 de junio, sus cabezas de columnas desembocaban sobre París por todos los caminos del Este, y el 29 ocupaban la posicion de la Willette, despues de evitar al enemigo con tanta destreza como energia. A este tiempo el mariscal Blucher llegaba á Gonesse. Habiendo tomado el duque de Wellington á Cambrai por medio de un cuerpo destacado, y abierto esta ciudad á Luis XVIII, se hallaba entre Saint-Just y Courtray, teniendo su retaguardia en Roze, y su cuartel general en Orvillers, y por consiguiente á dos marchas de Blucher. Así la impaciencia del uno y la lentitud del otro les colocaron á una distancia capaz de comprometerles por extremo, si la sabian aprovechar los franceses.

Ya se hacia oír el cañon del enemigo en la llanura de San Dionisio, y esta era la segunda vez que ruido tan siniestro retumbaba á las puertas de la capital en el transcurso de quince meses. Allí despertaba todas las agitaciones de los dias anteriores, dándolas aun mas viveza. Destrozadas de cansancio por tres marchas, cada una de diez ó doce leguas, las tropas llegaban con poco orden y presentaban un aspecto nada satisfactorio. Turbado por la activa persecucion del enemigo, y temeroso de ser encentado por alguna acometida antes de llegar á la capital de Francia, el mariscal Grouchy escribia alarmantes despachos. Recibiendo el mariscal Davout todas estas impresiones de rechazo, desesperaba de la posibilidad de oponer formal resistencia al enemigo, y siempre entero en sus miras y en su lenguaje, no omitió la diligencia de manifestárselo al duque de Otranto de tal modo. Su cuartel general estableció en la Villette, para estar en aptitud de velar mejor por la defensa de la capital; y desde allí envió á decir al duque de Otranto que no encontraba mas que un recurso, y era el de seguir el consejo que habia dado el dia precedente, proclamando á los Borbones, con el fin de alejar á este precio á los ejércitos aliados; que para venir á parar á tales conclusiones habia necesitado vencer grandes repugnancias, pero que ya las habia vencido y persistia en creer que mas valia proclamar á los Borbones por un acto de alta razon y de voluntad propia que recibirlos de manos del extrangero victorioso.

Mr. Fouché opinaba lo mismo que el mariscal Davout al pie de la letra; pero Mr. de Vitrolles, con quien se hallaba en comunicacion continua, no

tenia poderes, y solamente le hacia promesas vagas, asi respecto de los hombres como de las cosas, y se limitaba á decirle que nunca olvidaria los inmensos servicios que habia prestado en tal coyuntura. Alcanzándosele de sobra cual era el valor de tales seguridades, Mr. Fouché hubiera querido mas sólidas prendas tanto para sí como para el partido revolucionario. De vuelta de la comision que al cuartel general inglés habia llevado, tampoco monsieur de Tromelin traia mas que palabras muy generales, consistentes en decir que el duque de Wellington no estaba autorizado para expedir los salvo-conductos pedidos, á fin de que Napoleon se dirigiera á América sin estorbo; que absolutamente era necesario recibir á los Borbones, y en vez de imponerles condicion alguna, fiarse en la cordura de Luis XVIII, que otorgaria cuanto era de desear razonablemente. Además el general Tromelin habia traido expresiones sumamente lisonjeras del duque de Wellington para Mr. Fouché, y la manifestacion de un vivo deseo de avistarse con su persona. Movido ante los peligros señalados por los gefes militares, inquieto á causa de las vagas declaraciones de los agentes realistas, y continuando en tomarlo todo sobre sí propio, Mr. Fouché respondió al mariscal Davout, que convenia darse prisa á negociar un armisticio, pero sin contraer empeño formal respecto de los Borbones; pues aceptándolos demasiado pronto, se corria el riesgo de tenerlos sin condiciones, y sin dispensarse tampoco de abrir las puertas á los ejércitos enemigos, cuya abstencion y cuyo alejamiento no garantizaria nadie. Sin embargo, de no admitir inmediatamente á los Borbones, se necesitaba un sacrificio

cualquiera, si se quería obtener una suspensión de armas. En su primera entrevista con los generales prusianos les habian oido decir los primeros negociadores, que para hacer alto exigirían la entrega de las plazas de la frontera y de la persona de Napoleon. Mr. Fouché comprendió que habia necesidad de sacrificar las plazas de la frontera para salvar á París, porque París era la Francia y el gobierno. Esta opinion tenia mucho de cuestionable, porque entregar á París solo era restituir el trono á los Borbones, á la par que entregar plazas como Estrasburgo, Metz y Lila, era poner en manos del extranero las llaves del territorio, que no querrian tal vez restituir ni á los mismos Borbones. Pero mas preocupado Mr. Fouché entonces de la cuestion del gobierno que de la seguridad del territorio, al mariscal Davout autorizó para ceder las plazas fronterizas, á trueque de obtener un armisticio que detuviera á las puertas de la capital á los ingleses y á los prusianos. Esta autorizacion debia ser remitida al mariscal Grouchy, gefe de las tropas en retirada, para que la hiciera llegar á manos de los negociadores del armisticio, donde quiera que se encontrasen por entonces.

Nada se habia hablado de la persona de Napoleon en estas diversas respuestas. Mr. Fouché propuso el expediente de hacer que partiera á Rochefort de seguida, concediéndole la condicion en que al parecer ponía muy especial empeño, la de hacerse á la vela sin aguardar los salvo-conductos. Esta resolucion era la mas honrosa á todas luces, puesto que el enemigo no podria pedir la persona de Napoleon al gobierno provisional, cuando ya no estuviese en sus manos. Para obrar de tal modo,

además de la razon de honor habia la razon de prudencia. Muchos militares hablaban de ir á la Malmaison en busca de Napoleon, para ponerle al frente de las tropas y dar bajo los muros de París una postrera batalla. Haciéndole partir al punto, se le arrebatava así á sus enemigos sañudos como á sus enemigos imprudentes. Al almirante Decrés y á Mr. Merlin se encargó que fuesen á la Malmaison para instar á Napoleon á que se alejara de seguida, con autorizacion para levar el ancla así que estuviera en Rochefort á bordo de las fragatas, y haciendo valer para decidirle á la partida, las exigencias del enemigo que demandaba su persona, y la imposibilidad de responder de su seguridad en la Malmaison, donde una partida de caballería le podia llegar á sorprender á toda hora. Expedidas estas ordenes, se fué á participar á la Cámara de representantes hasta qué punto la situacion se habia agravado, y á proponer que París se declarara en estado de sitio, continuando existentes las autoridades civiles y conservando sus poderes, á diferencia del régimen de las plazas fuertes, donde solo la autoridad militar subsiste despues de declarado el estado de sitio. Casi por unanimidad votó el estado de sitio la asamblea, muy agitada desde que oyó el estampido del cañon, y á la cual no se la enseñó nada nuevo, al llevarla tales comunicaciones.

Como á los habitantes de la capital habia conmovido á los de la Malmaison el estruendo del cañon en la llanura de San Dionisio, excepto á Napoleon, que no se alarmaba de ningun modo, por conocer la trascendencia de los peligros mas que ningun hombre en el mundo. Ora para poner á cu-



bierto la Malmaison, ora para impedir que el enemigo pasara á la orilla izquierda del Sena, el mariscal Davout habia mandado barrear los puentes de Neuilly, de Saint-Cloud, de Sèvres, y destruir los de San Dionisio, de Besons, de Chaton, del Pecq. Sin embargo, estas precauciones no ponian á la Malmaison al abrigo de una sorpresa, y el coronel Brack, oficial de caballeria, corrió allí para avisar que los escuadrones prusianos batian la llanura, y que por consiguiente habia riesgo de una sorpresa, si no se estaba muy sobre aviso. Más viva alarma se experimentara de seguro, si se estuviera al tanto de los proyectos de Blücher, que tendremos ocasion de dar á conocer muy pronto. Con trescientos ó cuatrocientos hombres, el general Beker estaba decidido á defender á Napoleon hasta el último extremo. Una veintena de jóvenes tales como Mrs. de Flahault, de La Bedoyère, Gourgand, Fleury de Chaboulon, se hallaban prontos á hacerse matar para proteger á la gloriosa víctima confiada á su adhesion acrisolada. Napoleon sonreia á la vista de tanto celo, manifestando que el enemigo apenas acababa de desembocar en la llanura de San Dionisio; que, aunque bajo el Sena, no era de fácil paso, y que las cosas no se hallaban en el punto en que suponía la imaginacion alarmada de sus fieles servidores. Dentro de la Malmaison estaban casi solos, excepto Mrs. de Basano, Lavallette, de Rovigo, Bertrand, que no salian de allí ni un instante; excepto la madre de Napoleon y sus hermanos, excepto la reina Hortensia, no se veian allí otros visitantes que algunos oficiales huidos de las filas con los vestidos hechos pedazos, y aun cubiertos con el polvo del campo de batalla, á

informar á Napoleon de la marcha del enemigo, y á suplicarle que se pusiera á su cabeza. Napoleon escuchabales con sangre fria, los calmaba y les daba gracias, y sacaba frutos de sus informes. Sin saber á punto fijo la posicion de los aliados, de estas diversas noticias infirió que segun su costumbre, el fogoso Blücher iba delante del prudente Wellington y se habia puesto á dos marchas de los ingleses. De seguida y con la prontitud de su golpe de vista militar, columbró que se podia sorprender á los coaligados, distantes unos de otros, y hallar por una casualidad venturosa junto á París la ocasion que en Waterloo habia buscado sin fruto, de batirlos separadamente, y de restablecer así la fortuna de las armas francesas. Con efecto, debian tornar de Soissons por lo menos sesenta mil hombres, dentro de París se encontrarían diez mil de fijo, y con setenta mil combatientes habia de sobra para destrozar á Blücher, que no podia reunir mas de sesenta mil á lo sumo, y destrozado Blücher, ya habia probabilidad de lograr que el duque de Wellington sufriera una suerte desastrosa. Despues de semejante triunfo no se adivinaba cuanto calor comunicaria á las almas, ni qué empuje promoveria por parte de la nacion el buen suceso, y dejándose Napoleon llevar á un postrer sueño de ventura, imaginó que seria magnífico prestar á Francia un servicio de tal monta, sin querer para sí ningun fruto, y volver á emprender el camino del destierro, tras de hacer posible un buen tratado de paz de tal modo. Quiza salvar la corona de su hijo era lo que únicamente se prometia de este postrer hecho de armas.

Tal proyecto rumiaba en su mente durante la

noche del 28 al 29 de junio, pues entonces acababa de adquirir los datos sobre los cuales fundaba esta combinacion nueva, cuando le interrumpió la llegada de Mrs. Decrés y Boulay de la Meurthe (no habiendo podido ser hallado Mr. Merlin para este encargo) que iban á manifestarle las intenciones de la comision ejecutiva respecto de su partida. A la sazón era media noche, y recibiélos al punto, y cuando le entregaron la orden expedida á los capitanes de las dos fragatas para que levasen anclas, sin aguardar á recibir los salvoconductos, se manifestó pronto á partir desde luego, si bien iba antes á despachar un mensaje á la comision ejecutiva. Acto continuo despidió con el corazón oprimido á estos dos antiguos servidores, á quien ya no habia de tornar á ver nunca.

Desde el amanecer del 29 de junio mandó aprestar sus caballos de silla, se puso su uniforme, y enviando á buscar al general Beker de seguida, y con una singular animacion que no se le notaba desde el día de la jornada de Waterloo se apresuró á revelarles sus intenciones. Sustancialmente estas fueron sus palabras.—El enemigo acaba de cometer una falta enorme, aunque fácil de prevenir atendido el carácter de los dos generales aliados. Su avance siguen en dos masas de sesenta mil hombres cada una de ellas, dejando entre sí distancia suficiente para que sea acometida la una, antes de que tenga tiempo de acudir la otra. Esta es la ocasion única deparada por la Providencia, y que si desaprovecháramos ahora se resentiria de muy criminal ó de muy insensato. De consiguiente, ofrezco ponerme á la cabeza de las tropas, que á mi vista recobrarán todo su empuje, y caer so-

bre el enemigo á la desesperada, y despues de castigar su temeridad, resignar otra vez en el gobierno provisional el mando... Yo empeño mi palabra de soldado, de general y de ciudadano, de no conservar el mando una hora mas despues de la victoria segura y brillante que prometo alcanzar sobre el enemigo, y no para mí, sino para Francia.

Conmovido mostróse el general Beker ante la bella expresion del rostro de Napoleon en tal instante. No era sino la confianza del genio despartándose en el seno del infortunio, y disipando momentáneamente las sombras. A pesar de su repugnancia á encargarse de una comision á que no esperaba resultado satisfactorio, estrechado por Napoleon á no perder tiempo, el general marchó presuroso al palacio de las Tullerías. Mucho le costó cruzar el puente de Neuilly, obstruido por completo, y halló en sesion á la comision ejecutiva, despues de estar reunida casi toda la noche. Mr. Fouché figuraba como presidente, y segun costumbre semejava que la compaña por sí solo.

Tan luego como le vió Mr. Fouché alli dentro, al general Beker preguntó con el tono mas apremiante, si llevaba noticia de haber Napoleon ya partido, á lo cual respondió el general que Napoleon estaba pronto á marchar desde luego, bien que antes se habia creído en el deber de dirigir una postrera comunicacion al gobierno provisional. Con helado silencio oyó Mr. Fouché cuanto expuso el general Beker, y como callasen todos así que hubo concluido, Mr. Fouché tomó la palabra. Algunos instantes, muy pocos, empleó en preparar la respuesta, dado que, aun teniendo la certidumbre

de la salvación de Francia, no quisiera que se alcanzara por manos de Napoleón á ningun precio. Bueno es añadir para ser justos, que contando muy poco ó nada con el éxito de los proyectos militares de Napoleón en esta coyuntura, por no estar su mérito á su alcance, y creyendo ver en ellos un nuevo rasgo de lo que llamaba su mala cabeza, se manifestaba receloso de que, si fracasaban estos proyectos, se justificaran del todo las sospechas de los generales enemigos, á cuyos ojos la abdicación de Napoleón no era mas que fugida, y que, viendo realizadas sus desconfianzas, sobre París se vengarian quizá de la nueva batalla que se les hubiese dado.—¿Por qué, dijo duramente al general Beker, os habeis encargado de tal mensaje? ¿Acaso ignorais el punto en que se hallan las cosas? Leed los partes de los generales, (y al decir esto soltó sobre la mesa un legajo de cartas), leedlos y vereis que nos llegan tropas desordenadas é incapaces de hacer frente en parte ninguna, y que nos queda por único recurso el de obtener un armisticio á toda costa. Napoleón no podría ya enmendarse nada. Su nueva aparición á la cabeza del ejército nos valdria un desastre mas y la ruina de París. Que parta de seguida, puesto que nos piden su persona, y no podemos responder de su seguridad si deja correr muy contadas horas.—Ninguno de los colegas de Mr. Fouché añadió á lo dicho una sola palabra. Habiendo preguntado además al general Beker qué personas habia en la Malmaison por entonces, y sabiendo que Mr. de Basano se encontraba entre ellas, no vaciló en decir que ya se le alcanzaba de donde venia el golpe, y escribió un billete destinado para Mr. de Basano, en el que le

expresaba la imposibilidad de retener á Napoleón ni siquiera una hora.

A toda prisa volvió el general Beker á la Malmaison, donde halló á Napoleón siempre de uniforme, con sus ayudantes de campo listos, y no aguardando mas que la contestación á su mensaje para montar de seguida á caballo. Sin que la contestación le causara sorpresa, no obstante manifestó pesadumbre y hasta ira, aun cuando se resignó muy pronto, al ver que ya no se queria ningun servicio de su persona, por grande que pudiese ser y seguro, y se acordó de la oposicion de sus mariscales cuando el año precedente aun podia abrumar á los aliados dispersos en París. Durante el transcurso de quince meses, esta era la segunda vez en que, briadandole la fortuna una postrera ocasion de destruir al enemigo, se negaban á seguirle por duda, ó por desconfianza, ó por irritación contra su persona; esta era la segunda vez que recogia el triste fruto de haber cansado y aburrido, por decirlo así, al mundo con su genio.

Desde entonces ya no pensó mas que en alejarse. Sus compañeros de destierro ya estaban elegidos, y eran el general Bertrand, el duque de Rovigo y el general Gourmand. Tambien Drouot debió ser del número de ellos, pero considerándosele como el único capaz de estar al frente de la Guardia imperial, despues de que Napoleón hubiese partido, se vió obligado á aceptar este mando. Napoleón mismo se lo habia prescripto de esta suerte. A Drouot echaba de menos por ser el corazon mas noble y el mejor talento de cuantos habia conocido; pero no desesperaba de verle en América, así como al conde de Lavallete y á otros con quie-

nes contaba de seguro. Allí se le debían ir á juntar su madre, sus hermanos y la reina Hortensia. Terminados todos los preparativos, se decidió á partir á la caída de la tarde. En recursos pecuniarios habia pensado poco, y á Mr. Laffite confió 4.000.000 de francos en oro y encontrados en un suelon del ejército por acaso. La reina Hortensia quiso que aceptara un collar de diamantes, á fin de que siempre tuviera un recurso disponible y fácil de disimular á la mano. Despues de rehusarlo al principio, como insistiese la reina Hortensia con llanto, al fin la permitió que escondiera los diamantes entre sus vestidos; y abrazando á su madre, á sus hermanos, á la reina Hortensia, á sus generales, de seguida subió al coche á las cinco de la tarde del 29 de junio, derramando lagrimas todos y basta los soldados de guardia. Hacia Rambouillet se dirigió acto continuo, evitando á Paris, á Paris donde no habia de volver sino al cabo de veinte y cinco años sobre un carro fúnebre, traído cadáver al cuartel de Inválidos por un monarca de la casa de Orleans, que tampoco está en las Tullerías al tiempo en que doy remate á la presente historia. ¡Tan rápidamente se suceden en el tempestuoso siglo en que vivimos los moradores de ese fatídico palacio!

Mientras iba camino de abandonar aquella Francia, donde acababa de hacer aparicion tan corta y fúnebra, un mensaje anunciaba á la comision ejecutiva y á las Cámaras su partida. No abrigándose la menor duda en la Cámara de representantes acerca de lo que se podia esperar de la abdicacion, á la lectura del mensaje siguió un sobrecogimiento doloroso, y se copoció á las claras que Napoleon partia para siempre, y que muy pronto

serian partícipes de su suerte adversa, unos destinados al olvido ó al destierro, otros al último suplicio.

Ya libre Mr. Fouché de tan molesto vecino, mas activamente que nunca anudó las comunicaciones de que hacia meras intrigas, en lugar de una negociacion leal y grande, primeramente para Francia y luego para los hombres comprometidos en las diversas revoluciones. Le animaba el doble objeto de tratar con Luis XVIII y los gefes de los aliados bajo las mejores condiciones que fuera posible, y de obtener un armisticio á fin de lograr el tiempo que le hacia falta para combinar los ajustes. No contentándose con Mr. de Vitrolles, encargado de negociar con los realistas, ni con el general Tromelin, encargado de entablar relaciones con el duque de Wellington, á un nuevo agente eligió para que se avistase con el generalísimo británico de igual modo; un italiano era muy bullicioso, llamado Macirone, que de romano se hizo napolitano, y despues inglés, y que sirvió de medianero á Murat, cuando éste se entregó á los coaligados. Residente en Paris desde la catástrofe de Murat y conocido de Mr. Fouché, un agente constituia muy cómodo para enviado por entre las avanzadas enemigas hasta el campo de los ingleses. Mr. Fouché despachóle en efecto para saber á punto fijo lo que el duque de Wellington queria bajo el doble aspecto del gobierno de Francia y del armisticio. A la par comunicó por todas vias la partida de Napoleon á los diversos negociadores de la suspension de armas, con el fin de patentizar que la abdicacion no era un trampaño, y de precaver que se hiciera depender el éxito de las negociacio-

nes de la entrega de su persona á los ejércitos enemigos.

Antes se ha visto que, despues de conferenciar los primeros negociadores en el camino de Laon con los oficiales prusianos, se encaminaron hácia el Rhin para tratar con los soberanos en persona. Al cuartel general de los caudillos inglés y prusiano se dirigieron los segundos negociadores con el fin de solicitar el armisticio. Encargados se hallaban estos últimos de la comision esencial por entonces, y consistente en que hicieran alto los enemigos de marcha sobre París. De consiguiente al campo del duque de Wellington se hallaba así trasladada la cuestion toda. Efectivamente, el mariscal Blucher, patriota sincero y fogoso, guerrero heroico, bien que violento con desmesura, no poseia el secreto ni la confianza de la coalicion, y aun cuando con su infatigable adhesion á la causa comun habia decidido la victoria de Waterloo, no tenia la importancia que se rinde generalmente al buen seso mas que á la misma gloria. No era, pues, á Blucher á quien habia que dirigirse para los tratos, aun estando más cerca, sino al duque de Wellington. Primeramente Mrs. Boissy d'Anglas, de Flaugergues, de la Besnardière, y los generales Andreossy y Valence, encargados de negociar el armisticio, se dirigieron hácia las avanzadas exclusivamente prusianas, á causa de estar el ejército inglés aun lejos, y fueron acogidos por Mr. de Nostiz muy cortesmente, y llevados de puesto en puesto, sin que se les lograra ver al mariscal Blucher, ora porque no estuviera dispuesto á admitirlos á su presencia, ora porque no fuera fácil dar con su persona. Despues de varias idas y venidas, el mis-

mo Mr. de Nostiz les aconsejó que vieran al duque de Wellington, pues les podia dar oídos mas provechosamente que el general prusiano. A la sazón hallábase el caudillo británico en Gonesse, y allí fueron los comisionados á avistarse con su persona. Y obraron con cordura, porque solo allí estaba la cabeza capaz de dirigir una revolucion, que desgraciadamente para los franceses iba á ser la segunda consumada por manos del extranjero.

Por fortuna, si hay posibilidad de usar de esta palabra cuando un país se halla á merced del enemigo, por fortuna si el duque de Wellington carecia de genio, lo que es buen sentido poseialo penetrante y vigoroso hasta el punto de que bajo este aspecto el caudillo británico no tiene por qué temer el parangon con ningun personaje de la historia. A no ser por cierta dosis de vanidad, bien perdonable por cierto en la situacion suya, se podia afirmar que se hallaba exento de debilidades. A su gloria militar, acrecentada singularmente despues de estas últimas jornadas, añadia la reputacion de un espíritu político al cual se le podia fiar todo. Habiendo aparecido por algunos dias en Viena, se captó la general confianza, y figurando despues como embajador en París por espacio de medio año, sobre Luis XVIII y sobre el partido realista adquirió todo el ascendiente que es posible adquirir sobre gentes de escasas luces y de muchas pasiones. Favorablemente juzgaba á Luis XVIII, y así era de dictámen de convenir que se le repusiera en el trono para reposo de Francia y de Europa, dándole mejores lados y haciéndole oír útiles consejos. Al avalorar desde el punto de vista de un inglés lo que el año de 1814 habia pasado en Fran-

cia, pensó y dijo que con la Carta de Luis XVIII se podía hacer á un país libre y floreciente, no habiendo faltado á la tal Carta mas que ser convenientemente practicada. Para el duque de Wellington, ilustrado por la experiencia de su patria, no consistiera la práctica sino en un ministerio homogéneo y bien dirigido, independiente del rey y de los príncipes, recibiendo la influencia de las Cámaras y sabiéndolas dirigir á su turno. Nada semejante habia observado en el ministerio de 1814, compuesto de un gran señor, hombre de talento, perezoso, ausente, pues Mr. de Talleyrand se hallaba á la sazón en Viena, de un favorito, Mr. de Blacas, personaje frio, tirante, no saliendo de la intimidad del monarca, y finalmente de algunos hombres especiales, sin relaciones unos con otros, y todos dominados por un consejo real donde se agitaban príncipes rivales y poco acordes. Así no cesó de escribir, tanto á Londres como á Viena, que lo que faltaba á Luis XVIII era un ministerio que tuviera la unidad necesaria para ejercer el gobierno. Establecido cerca de Gante por los meses de abril y de mayo, iguales criticas hizo oír de continuo á la corte desterrada. Solo un argumento cabia oponer á este modo de juzgar la situación de las cosas, á saber: que si el remedio propuesto era bueno, se necesitaba que consintiesen en su aplicación oportuna aquellos á quienes estaba destinado. Ahora bien, Luis XVIII quizá hubiera aguantado un verdadero ministerio para desembarazarse de los príncipes y de los emigrados, pero estos príncipes y estos emigrados no lo quisieran á ningún precio. Sin embargo, no era posible desechar rotundamente los consejos de un hombre tal como

el duque de Wellington, y queriendo deferir á ellos, á lo menos en la apariencia, los hombres que rodeaban á Luis XVIII en Gante convinieron en que *habia carecido de unidad* el ministerio. ¿Y á quién se debía imputar la culpa? A todo el mundo, para obrar con justicia; pero en cada época se necesita una víctima sobre quien echar las culpas de todos, y á menudo mas las ajenas que las propias. Tal víctima estaba designada por la situación y de plano, y no era otra que Mr. Blacas. Este personaje, de quien hemos hablado antes de ahora, no estaba falto ni de talento, ni de juicio, y además su rectitud era perfecta. Pero tenia la desgracia de pasar por favorito del monarca, y de ser un favorito seco y altanero. Aunque en su corazón nutriera realmente las pasiones de un emigrado, muy lejos estaba de haber inspirado ni estimulado las pasiones de la emigración, pues no hacia mas que seguir la voluntad de Luis XVIII, poco inclinado á los desaciertos derivados de ella. Hasta habia resistido á los príncipes á menudo, y al conde de Artois muy particularmente, y si se buscaba un río que expiara con justicia los errores de los emigrados, no se debiera elegir á Mr. Blacas de seguro. No obstante, odioso al partido liberal por sus formas y sus opiniones conocidas, odioso al partido de los príncipes como representante particular de Luis XVIII, por todos fué tomado como víctima expiatoria, y desde la salida de Paris en su contra se desencadenaron de todas partes. Asintiendo á la máxima del duque de Wellington de convenir un ministerio que tuviera unidad, se añadía que no podía existir de ninguna manera con el favorito que dominaba al rey y al ministerio, y en Gante

o decían así los amigos exaltados del conde de Artois, como los que deseaban una dirección mas liberal en el gobierno á impulsos de su espíritu moderado, de suerte que por motivos diametralmente opuestos, por todos se veía condenado Mr. de Blacas al odio de todos. A tal punto habian llegado las cosas, que en la misma ciudad de Gante, en medio del comun destierro, se escribieron folletos violentísimos en su contra. Nombres hay en ciertos momentos que la muchedumbre persigue maquinalmente con un odio de que le sería muy difícil expresar las causas. Y tal era entonces la situación de Mr. de Blacas en el seno del partido realista.

Estas injusticias redundaban á favor de un hombre que, sin ser partícipe de ellas, destinado estaba á sacar el fruto, y Mr. de Talleyrand era en suma. Cerca de la corte de Gante atribuyóse el mérito de cuanto se hizo en Viena, esto es, de las prontísimas resoluciones contra Napoleon allí tomadas y causantes de su segunda y última caída. Mas que á la influencia de Mr. de Talleyrand eran debidas tales resoluciones á las pasiones reinantes en Viena; pero ignorando los emigrados de Gante lo que pasaba dentro del congreso, no conociendo mas que los efectos exteriores, habiendo visto partir el rayo de Viena, y hallándose Mr. de Talleyrand en este punto, le atribuyeron el mérito de haberlo fulminado. Nadie le disputaba esta importancia, y como á la sazón pesaba el odio, no sobre su persona, pues estuvo ausente todo el año, sino sobre Mr. de Blacas, que no habia cesado de estar al lado del monarca, á Mr. de Talleyrand se le reputaba por haber salvado cuanto Mr. de Blacas ha-

bia perdido. Mr. de Talleyrand, que veía con desagrado entre su persona y la del monarca un sugeto, cuya mediación habia que sufrir siempre, y que no sentía desembarazarse de ella, su voz unió á cuantas se alzaban contra Mr. de Blacas, y gozosos los mismos emigrados de su asentimiento, se lo recompensaron con glorificar sus servicios. Así establecióse un extraño concurso de influencias contra Mr. de Blacas, como si fuese causa única de todos los males, aunque ninguno era obra suya. Al mismo tiempo formóse un conjunto de ideas, al que ayudó cada uno por su parte. Mientras raciocinando como inglés decía el duque de Wellington que se habia carecido de un ministerio homogéneo, lo cual era verdad á todas luces, los hombres sensatos de la emigración de Gante, como por ejemplo, Mrs. Louis, de Jaucourt, etc., decían que en esto no estribaba todo, pues si habia necesidad de segregar á los favoritos, igualmente convenia segregar á los príncipes, tranquilizar á los compradores de bienes nacionales, fuertemente alarmados, tranquilizar á los campesinos contra el restablecimiento del diezmo y de los derechos feudales, y tratar de separar cuanto fuera posible, la causa de los Borbones de la causa de los extrangeros. A esto los emigrados no oponían objeción alguna; pero añadían que tambien se necesitaba restituir la seguridad á las gentes honradas, y para conseguir este resultado castigar de una manera ejemplar á los que con sus tramas habian producido la segunda caída de la monarquía, en lo que estaba tan interesada la seguridad como la dignidad del trono. Con efecto, jamás se les pudiera quitar de la mente que habia existido una conspira-